



PARLAMENTO DE ANDALUCÍA

PRESENTACIÓN DE JAVIER ROJO, PRESIDENTE DEL SENADO

Fuensanta Coves, Presidenta del Parlamento de Andalucía
Sevilla, 11 de enero de 2010

Autoridades, Sras. y Sres.,

Comenzaba el mes de Abril de año 2004. El recién constituido Senado de la VIII legislatura, con su Presidente al frente, guardaba un emocionante minuto de silencio por las víctimas de la barbarie terrorista del 11 de Marzo. El reloj marcaba la una de la tarde.

Tras el dolor, reflejado claramente en las caras de los Senadores y de todos los asistentes, el Presidente de la Cámara Alta dispuso el ánimo para pronunciar su primer discurso.

No tenía más remedio que ser firme en un momento propicio para los nervios como flamante presidente. Y para la rabia como ciudadano. Empezó con estas palabras:

“Señorías, quiero usar esta tribuna, instrumento y símbolo del diálogo parlamentario, como un homenaje a quienes han creído en el poder de la palabra durante siglos...”

Era la primera vez que escuchaba a Javier Rojo. Y no podía imaginar otro principio tan acertado para una intervención con tanta carga emocional y peso institucional.

Era justo el momento de recordar que la palabra es el único poder posible.

Pasado el tiempo, tuve el enorme honor de obtener la confianza unánime del Pleno del Parlamento de Andalucía, y ser nombrada Presidenta de la Institución.

Desde entonces, me gusta llamarlo la Casa de la Palabra. Coincido plenamente, no por casualidad, con la reflexión que el Presidente del Senado utilizó en aquellos días tan críticos para nuestra Democracia.

Los que conocéis a Javier Rojo sabéis que predica con el ejemplo. Él utiliza la palabra con pasión y generosidad. Con la vehemencia controlada de quien se sabe fiel a responsabilidades de Estado.

Pero a la par siendo claro. Tan claro, que alguien podrá decir que no coincide con sus planteamientos, pero nunca que no entienda sus posiciones.

Javier Rojo tuvo que empezar su trayectoria como Presidente del Senado con el terrorismo muy presente. Como la inmensa mayoría de los vascos y vascas, Javier tiene un sueño. Y es erradicar de su tierra la violencia:

“La paz hoy y para siempre, ese es el sueño de todos los vascos”. Así lo decía en su primera investidura.

Quien les habla también tuvo que iniciar su segundo pleno como Presidenta del Parlamento de Andalucía con unas palabras de recuerdo y rabia por el asesinato del guardia civil Manuel Piñuel.

Por desgracia se repitió el clamor de la Cámara andaluza en septiembre de 2008 a causa de otro atentado.

Recordé entonces a Gandhi. Es inevitable su cita si se quiere combatir la intransigencia, responder con razones a la sinrazón.

En una sola frase, él resumía lo que es ahora, querido Javier, la postura –sin fisuras, sin excepciones– de los demócratas:

“No hay caminos para la paz, la paz es el único camino”.

Sólo entendemos un País Vasco en paz y democracia. No caben alternativas. El apoyo de todos los grupos políticos de Andalucía no deja lugar a dudas. Queremos también una Euskadi sin violencia, sin intimidación. En libertad verdadera.

Hoy vamos a escuchar a un vasco que considera al “terrorismo es la negación de la palabra” Vamos a escuchar a un vasco que entiende la palabra como medio y fin del futuro de su tierra.

Y lo hacemos, al albor del 2010, con esperanza. Como decía Antonio Machado, con confianza en una “España que se agita, porque nace o resucita”, que es capaz de reinventarse “cualquiera que sean las borrascas que le sucedan”.

Concluía Don Quijote: “...habiendo durado mucho el mal, el bien está ya cerca...”. Porque de todas las crisis se sale, con tesón, confianza y trabajo.

Mucho tiempo lleva Javier Rojo trabajando como servidor público, con experiencia en las tres Administraciones.

Su currículum lo sitúa en el selecto grupo de profundos conocedores de la política española y vasca.

Su magisterio nace de ese argumento demoledor que pueden practicar sólo quienes sienten que “ya han vivido eso antes”. Sólo quienes tienen la suficiente cordura como para no repetir experiencias erróneas.

Pero yo quiero destacar hoy dos ideas que Javier Rojo convierte en ejes de su pensamiento.

En primer lugar le hemos oído en reiteradas ocasiones decir: “no me distingo por hacer política contra los demás, sino con los demás”. Él acostumbra a pregonar “el reconocimiento del otro” como método de intercambio de ideas.

Sólo con el respeto intrínseco por su interlocutor, en cada uno de sus argumentos, alguien puede llegar a acercarse al otro. Es la puerta para llegar a coincidencias, para posarse en el consenso.

La democracia es aceptar que cada debate tiene diversas alternativas razonables. Y que optar por una no puede suponer nunca el desdén de la otra.

La segunda idea de Javier a la que quería referirme es simple. Pero lo sencillo nunca ha casado con la situación vasca. Porque durante décadas algunos nos han querido hacer creer que, para el resto de españoles, ese problema resultaba demasiado complejo de entender.

Hace sólo unos días escuché a Javier Rojo plantear la resolución del llamado problema vasco con la más común de las operaciones aritméticas.

Decía sentirse profundamente vasco, y añadía que de idéntica manera se sentía también español. Y que ello sumaba a su condición de vasco.

Ser español suma, nunca resta, resolvía.

Javier Rojo siempre suma. Recuerdo su discurso de toma de posesión, cuando utilizó las diferentes lenguas oficiales del Estado español en diversos párrafos.

Son actitudes que no se improvisan. Desde el principio de su carrera, Javier Rojo se ha ocupado, -y cito palabras suyas-, de “la puesta en común de todo lo que nos une, que es mucho más de lo que nos separa”.

Este afán, oportunamente utilizado ahora por muchos, es en Javier algo consustancial a su trayectoria política. Es su modo de entender la vida pública.

No en vano estuvo implicado en una de las decisiones más relevantes de esta legislatura. Para hacer política de Estado hay que ser capaz de sobreponer el interés de toda una nación al de los partidos políticos. El pacto de Gobierno en el País Vasco es un ejemplo de política con mayúsculas.

Y esa forma de hacer de Javier Rojo intenta trasladarla a su actual responsabilidad. Es uno de los artífices de la Conferencia de Presidentes Autonómicos, recalcando la importancia de consolidarla y de hacerla útil para la ciudadanía.

La última reunión era privilegiada por el continente y por el contenido. Pero, como sabemos, acabó resultando decepcionante. Porque la política de Estado estuvo subordinada a la de partido. Ahora se puede afirmar. Los argumentos que impedían aceptar la propuesta de pacto que había sobre la mesa, no fueron óbice para,

luego, los presidentes autonómicos críticos estuvieran de acuerdo en aceptar los frutos económicos del modelo rechazado.

La unión de las Comunidades, para potenciar todo lo que nos une, con presencia de sus máximos responsables, es una aspiración que responde claramente a la concepción de Estado que tiene Javier Rojo.

Esto es clave. Y Andalucía es un buen lugar para predicarlo.

Nuestra universalidad, nuestra apertura como pueblo, es el mejor antídoto contra el radicalismo.

La identidad cultural de los pueblos de España está garantizada por nuestras normas, por la Constitución y por los Estatutos de Autonomía. Luego, no hay excusas ni coartadas para los radicales.

Toda la riqueza plural que atesora nuestro Estado, no sólo está protegida, sino que se encuentra potenciada.

Es misión de la clase política abundar en lo que une, no generar diferencias artificiales que no están en la calle, que no se sienten por la población.

Es importante el testimonio de personas como Javier Rojo. Su constante empeño por buscar caminos de encuentro.

Estoy convencida de que vamos a escucharle ahora palabras de unión, de respeto, de paz, de democracia, de solidaridad.

Y de que no le escucharemos mencionar una palabra. Una palabra que no está en su vocabulario político. Ni en su carácter. Esa palabra es... dividir.

No demoro más el comienzo de su discurso, seguro que hilvanado con el soplo de tolerancia que distingue a este pamplonica del 49.

Muchas gracias a todos y a todas.

El Excmo. Sr. Presidente del Senado tiene la palabra.